



La estructura y el sujeto

Maite Fernández

Resumen

Este trabajo es una versión corregida de la ponencia presentada el 8 de enero de 2001 en la actividad, auspiciada por la Fundación Europea para el Psicoanálisis, denominada Seminario de Barcelona, con el fin de estudiar la obra de Jacques Lacan.

He retomado, solamente, la lectura comentada de la primera parte del Escrito: Observación sobre el Informe de Daniel Lagache: «Psicoanálisis y estructura de la personalidad» (1958-1960) para dar cuenta de la teoría del sujeto en Lacan y su relación con la estructura.

Además de utilizar la lectura contextual de Marcelle Marini en su texto sobre Lacan: Itinerario de su obra, acompaño a mis digresiones la lectura de otros textos de referencia, necesarios para la reflexión que pretendo realizar sobre el concepto de Sujeto.

La estructura y el sujeto: Comentarios y puntuación.

En 1958, en ocasión del Congreso de Royaumont, Lagache hizo una exposición teórica importante titulada: *Psicoanálisis y estructura de la personalidad*. Lacan intervino en el debate y ése es el punto de partida de este texto redactado dos años después para el número especial de la revista *La Psychanalyse*, publicación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, de la cual los dos formaban parte en ese momento, desde su constitución en 1953, hasta que se produce la exclusión de Lacan de la misma, con el acuerdo de Lagache, entre otros, en 1964.

En 1960, fecha de la publicación, hay una advertencia de Lacan: «un texto que no ha sido comunicado previamente bajo ninguna forma documental no es atestiguable sino desde el momento de su redacción definitiva».

En ese momento, la influencia de Lagache era muy grande, tanto en la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, como en la universidad. Así que

Lacan empleará un tono cortés para conquistar una audiencia más amplia que la de su *Seminario*. Observaremos en este *Escrito* que los puntos de acuerdo están planteados antes del desarrollo de las divergencias. Sin embargo, aparece en él la incompatibilidad de las dos enseñanzas, y la superioridad de las concepciones lacanianas.

«Estructura de la *personalidad*», dice uno y «estructura del *sujeto*» dice el otro, que hace ya tiempo había renunciado a sus proyectos de una «ciencia de la personalidad» tal como podemos encontrar en la lectura de la tesis de doctorado de Lacan que lleva por título: *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (1932)

Ahora ya contra la ideología personalista, Lacan, en este texto, explica su posición resueltamente «estructuralista». Esta exposición está argumentada en proporciones que pretenden ser científicas. El grafo del deseo que había creado en el *Seminario V* (1957-58), será en este momento el grafo del sujeto, que podemos denominar: lacaniano, sustituyendo los puntos de vista económico y dinámico que se apoyan en la biología y habían venido siendo tradicionales en el psicoanálisis. Respecto al esquema óptico del *Seminario I* (1953-54), se publica, pero sistematizando el *estadio del espejo* al añadir algo más sobre el yo ideal, el ideal del yo y las relaciones entre el otro imaginario y el objeto «a». Este modelo le servirá a Lacan para responder a una articulación de lo simbólico, lo imaginario y lo real. En el *Escrito* también aparece la huella del *Seminario VII* (1959-1960), que realizaba paralelamente, en la frase que aparece hacia el final de este capítulo: «El verdadero [...] sujeto, el sujeto del deseo [...] no es otro que la Cosa, que está lo más próxima a él mismo a la vez que le escapa lo más posible».

Hay dos conceptos importantes en juego: «La estructura» y «la intersubjetividad». Y si bien para Lagache la estructura es un «modelo teórico» construido a partir de la experiencia y que permite retornar a ella en una especie de puesta a prueba, para Lacan, sin embargo, si parte de que el campo psicoanalítico es el campo donde «eso» habla,



entonces la distancia de la estructura a la experiencia se desvanece, puesto que opera «como un modelo teórico, sino como la máquina original que pone en escena al sujeto». Lo que lleva a hacer coincidir lo Real y la estructura, sin descuidar «un modo de la estructura que no por ser tercero podría ser excluido». Para Lacan, lo que priva son «los efectos que la combinatoria pura y simple del significante determina en la realidad donde eso se produce». Para él no hay duda: la anterioridad y la supremacía están del lado de las organizaciones significantes y de las leyes simbólicas, no del lado del cuerpo, de lo vivido o de los aprendizajes empíricos. Lacan está de acuerdo con los principios de Levi-Strauss en etnología. Con él comparte la ambición de alcanzar el punto en que la teoría *es* la realidad que ella analiza, no sólo porque la construye, sino porque la produce, es más, porque es idéntica a las leyes universales del espíritu humano que son su origen.

Tanto es así, que si bien el ello es impersonal, como dice Lagache, no es un agregado de relaciones de objeto, sino un agregado de significantes. Existe porque «el discurso estaba ahí, desde el comienzo, aunque fuera en su presencia impersonal». Por eso la intersubjetividad que define Lagache no puede ser sino del orden de lo imaginario: un juego de interacciones y de intercambios con el mundo humano circundante. Mientras que al restituirle su dimensión simbólica, se inscribe el lugar del Otro como «lugar trascendental» que rige al sujeto y sus relaciones con los otros.

Lacan acaba este capítulo designando el *fading* del sujeto como aquello que «se produce en la suspensión del deseo, por eclipsarse el sujeto en el significante de la demanda, y en la fijación del fantasma, por convertirse el sujeto mismo en el corte que hace brillar el objeto parcial con su indecible vacilación». Al plantear esta operación significante en el principio, Lacan ya está apelando a las teorías matemáticas de la topología. En una frase anterior, acompañaba a Lagache diciendo que «precisamente la cuestión es avezar el pensamiento en una topología, que sólo la estructura necesita». El esquema óptico que presentará en las siguientes partes de este *Escrito*, evoca en el centro del espejo cóncavo un plano proyectivo que será apto para representar la estructura del sujeto.

Recapitulando sobre este recorrido hemos observado como el significante personalidad, que forma parte de este *Escrito*, estuvo presente en el comienzo mismo de la obra de Lacan, cuando llega a propugnar lo que llamó una «ciencia de la personalidad» en su tesis doctoral.

Treinta años después, Lacan no se encuentra más en este empeño. Su obra, dentro de una teoría de la intersubjetividad, se irá desarrollando en beneficio de una teoría del sujeto.

Mientras Lagache defiende la estructura de la personalidad, Lacan no hablará sino de distinguir las relaciones del sujeto con la estructura, concebida como estructura del significante. Así, a la estructura de la personalidad, Lacan opondrá la estructura del significante, en relación a la cual hay que considerar las relaciones del sujeto. Y su proyecto es construir: «la topología del sujeto en la estructura significante».

Siguiendo con las aportaciones que Angel de Frutos Salvador realiza en su texto sobre *Los Escritos de Lacan. Variantes textuales* (1994) es importante que recordemos otro texto: *Más allá del principio de realidad* (1936), donde Lacan había propugnado una nueva psicología. Allí, se puede leer: «la psicología se constituye como ciencia una vez que la relatividad de su objeto es planteada por Freud, aunque restringida a los hechos del deseo». No se trata de que la psicología sea el nuevo nombre del saber freudiano. Sino que el saber freudiano debe participar en la «nueva ciencia psicológica». Diez años después en: *Acerca de la causalidad psíquica* (1946) apuntaba al estatuto científico de la psicología. Ahí se puede leer: «Creemos pues poder designar en la *imago*, el objeto propio de la psicología, exactamente en la misma medida en que la noción galileana de punto material inerte ha fundado la física». Este proyecto psicológico se reconoció inviable cuando posteriormente Lacan decidió buscar apoyo en la lingüística.

En 1960, fecha de la redacción de este *Escrito*, el psicoanálisis, según Lacan interviene en lo simbólico y no en lo real o en lo imaginario. Del campo simbólico se trata «si su proceso es de conquista sobre el inconsciente, de advenimiento de historia y de reconstrucción de significante, si no se niega, simplemente, que su medio sea de habla». Hasta aquí, Lacan articulaba el Inconsciente al orden simbólico, la definición de inconsciente era homóloga a la del lenguaje: «está estructurado como un lenguaje». Pero tampoco estas proposiciones van a durar mucho tiempo. Pronto se van a descubrir las fallas de esta vía transitada por Lacan.

En la versión de los *Escritos* de 1966 aparece el término: «sujeto verbal» como una de las diversas denominaciones que va a dar de sujeto en su recorrido, pero es la única ocasión en que lo empleará ya que en el psicoanálisis no se trata del sujeto verbal, sino del sujeto que habla y este sujeto sólo tiene lugar una vez desplazado el sujeto clásico,

el sujeto del conocimiento: «aquel, frente al cual, la noción de intelecto agente basta para recordar que no es cosa de aquel el cuestionarlo en su dignidad de persona». En efecto, se parte del sujeto que habla, encontrando la formulación de cómo el psicoanálisis no tiene relación con la categoría del conocimiento y su sujeto pensante.

Más tarde, rechazará el término: conocimiento y lo cambiará por el de «saber». Lacan hablará de un saber no sabido, un saber marcado por el significante. El analista no debe ignorar que el sujeto que habla no habla para decir pensamientos, que habla quiere decir que emite «sonidos suaves o fuertes que se llaman el material del lenguaje».

Lacan, en este homenaje-despedida de Lagache, recupera aquel trabajo suyo del *estadio del espejo*, producido en un momento de mutuo apasionamiento teórico que fueron los años treinta. Y lo hace, para articularlo, venticuatro años después, a ese resorte del habla que se llama el Otro, lugar del discurso.

Esta dimensión del Otro, ignorada cuando se considera el psicoanálisis como una relación dual, es de donde procede el deseo. Deseo que regula, más que ninguna búsqueda de ideal: «la repetición significante del neurótico». Deseo, sostenido como insatisfecho por la histeria, como imposible, por el obsesivo.

En este momento, 1960, de la construcción teórica de Lacan, el objeto llamado «a», elemento del fantasma, no es el objeto causa del deseo, como se suele repetir; en este momento es el objeto del deseo, es decir, «objeto parcial, [...] elemento de la estructura desde el origen, [...] el exponente de una función, que lo sublima aún antes de que se ejerza, la del índice levantado hacia una ausencia, de la que el «esto es» no tiene nada que decir, salvo que es de allí donde «ello» habla».

Se dice que el psicoanálisis subvierte en su quehacer cotidiano como en sus conceptos fundamentales toda concepción autonomista del sujeto centrada en las nociones de «persona» y de «personalidad». Si existe algo así como una teoría psicoanalítica de la personalidad, la idea de que el yo no es el centro de la actividad psíquica sería necesariamente su postulado fundamental, junto con el siguiente: «las diversas estructuras que constituyen la personalidad son (a excepción del ello) producto de identificaciones». Y es así como Lagache retoma el problema en su ponencia: *El Psicoanálisis y la estructura de la personalidad* (1958). Referencia obligada para entender este *Escrito*. Lagache introduce su ponencia diciendo que la personalidad es una estructura; «ni elementos aislados ni suma de elementos, es una estructura

cuyas partes están ellas mismas estructuradas», añade: «toda nuestra cultura nos aparta del antropomorfismo y tiende a hacernos desconocer el papel que juega en nuestra formación y en nuestras relaciones con los demás y lo que revela ese antropomorfismo es el papel fundamental de la intersubjetividad en la estructuración de la personalidad».

Lacan introduce, sin embargo, un elemento diferente. No es la dimensión imaginaria lo que coloca en el centro de su formulación, sino la ley, esa ley que cubre al lenguaje, así como la verdad cubre a la palabra. Introduce otro contexto, su propia teoría, de la que nos estamos ocupando en el abordaje de este *Escrito*.

Escrito que nos permitirá abordar el tema desde la perspectiva que inauguró su enseñanza: para Lacan, el modo de estructura fundamental consiste en «los efectos que la combinatoria pura y simple del significante determina en la realidad donde se produce». La estructura es, para él, ya lo cité anteriormente: «la máquina original que pone en escena al sujeto», no un modelo teórico alejado de la experiencia con el que intentamos dar cuenta de ella, como propondría Lagache; los sistemas no son la estructura en sentido estricto, no hay porque confundir a ésta última con nociones gestálticas cercanas a la totalidad, de organización, de jerarquía natural del organismo.

Lacan le reconoce al principio la pertinencia de introducir la categoría de conjunto con la característica de ser geométrica, pero añadirá que la estructura no es la forma y un poco más adelante señalará sus tropiezos por esta concepción de Lagache que desatiende la esencial disimetría entre proyección e introyección.

Lacan llama la atención sobre la frase de Lagache: «Antes de existir en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo, el niño existe para y por el prójimo; es ya un polo de esperas, de proyectos, de atributos». Hablar de atributos, comenta, no es hablar de otra cosa que de significantes más o menos ligados en un discurso; no es otro el medio por el cual el sujeto se constituye para los otros en polo de esperas, de proyectos, desde antes de su nacimiento.

¿No profesa Lagache, nos dice, lo mismo que yo enseñé cuando defino el inconsciente como el discurso del Otro? Aquí resuena, añade, una experiencia segura, la del deseo de los padres. Pero se trata de la cuestión de la determinación del deseo por los efectos, en el sujeto, del significante. Para Lacan, Lagache hace resonar en ello su promoción del Verbo.

Es, sin embargo, la función misma dada a la intersubjetividad, aquello que permite a Lacan hacer el balance de lo que considera una divergencia fundamental: Para Lagache, la intersubjetividad es considerada exclusivamente en el marco de la relación con el semejante, el otro, tal como lo plantea en su formulación de que es por el otro que el sujeto aprende a tratarse como un objeto, pero Lacan añade: «Para nosotros, el sujeto tiene que surgir del dato de los significantes que lo recubren en un Otro que es su lugar trascendental; por lo cual se constituye en una existencia donde es posible el vector manifiestamente constituyente del campo freudiano de la experiencia: a saber, lo que él llama el deseo». En consecuencia, Lacan diferenciará claramente ambos términos: el otro y el Otro. El otro (con minúscula) que alude al juego de objetivaciones recíprocas, en que el sujeto se trata a sí mismo y al otro como un objeto. El Otro (con mayúscula) que alude a la determinación significativa, a la supremacía del orden simbólico y donde podemos recordar que el inconsciente «habla».

Una lectura del texto: *Lacan-Freud: Una teoría del sujeto más allá de la Metafísica* (1991), nos permitirá seguir la trayectoria de pensamiento que aquí se está planteando, cuando Diana Giussani expone en él que «poner a salvo el descubrimiento del inconsciente fue, sin duda, la gran tarea de Lacan. Para ello le era necesario plantear la idea de sujeto de un modo nuevo, sin hacer del sujeto un sustrato: persona, alma sustancial, yo psicológico, todas ellas ideas derivadas del *Hypokeimenon* griego y sin reducir, a la vez, al sujeto a la cadena de significantes».

La Metafísica, afirma Heidegger, gira en torno a la pregunta: ¿qué es el ente? Es en la respuesta a esta pregunta que este filósofo, maestro de Lacan, intenta hallar el sentido del *hypokeimenon*. La pregunta por el ente lleva implícita la pregunta por el ser. La pregunta por el ser del ente es entonces la pregunta por lo «permanentemente presente» en el ente.

Lo dado es la cosa con sus propiedades, pero éstas cambian, por tanto, no son su ser. El ser de la cosa es lo que se mantiene en los cambios: el soporte, el *hypokeimenon* griego. Ontológicamente es, por ende, un nombre del ser de la cosa. Es el primer nombre que recibe la *ousia*, que sería la naturaleza esencial de la cosa, que se expresa en la definición: «lo que es ser esto». Aristóteles le había dado otros nombres pero todos referidos a este primero.

Heidegger encuentra en la idea de *hypokeimenon* el antecedente de la idea del yo-sujeto de Descartes. Esta idea pasó como *subjectum*

a la Edad Media y como sujeto identificado al yo a la Edad Moderna con Descartes.

Lacan, al elaborar su teoría del sujeto, se opone a toda idea sustancialista, a toda idea de substrato. Al plantear su noción de sujeto, Lacan está luchando contra la carga que ésta arrastra de ser substrato o soporte, tal como Heidegger señala. Pero no deja de usar el término sujeto, en cuya raíz está esa idea griega de substrato. Si Lacan no conservara la idea de sujeto, representado ausente en la cadena significativa, sujeto de lo real, convertiría al psicoanálisis en un idealismo. Todo sería cadena en movimiento, indeterminación significativa.

La obra de Lacan es, desde esta perspectiva, la respuesta a la pregunta: ¿cuál es la teoría del sujeto que está en la base del descubrimiento freudiano del inconsciente? Noción de sujeto que supone subvertir la idea de substancia absoluta de Aristóteles, su idea de temporalidad lineal y la verdad como adecuación, rigiendo la historia del pensamiento occidental.

El sujeto, afirma Lacan, es la respuesta de lo real a lo simbólico. El sujeto es el efecto del significante. Engendrado, constituido por el significante, el sujeto se barra, se escinde, interrogado como la causa del deseo del Otro. Ante ese Otro deseante, también barrado, responde en el sujeto la estructura del fantasma que da a lo real una cobertura imaginaria, ausente en la psicosis.

Lacan pone a la nada, a la falta-en-ser como causa, pero esa nada no es reabsorbida por lo simbólico. Existe una implicación recíproca entre la división del sujeto y el objeto «a». Así que: sujeto tachado si, y sólo si, el objeto «a». Este objeto reconocido por Lacan como su único invento es la conceptualización de aquello que Heidegger hubo señalado como lo no pensado en la historia del pensamiento occidental. Aquello que «cayó en el olvido» pero que había fulgurado en el inicio de la filosofía con Heráclito y Parménides. Aquello de lo cual tanto Descartes como Freud tuvieron la «experiencia». Esto Lacan lo tematiza al intentar con su teoría del sujeto, que es esencialmente una teoría del objeto, de ahí parte esta digresión que anunciaba antes de comenzar este trabajo por parecerme necesaria como introducción a la lectura de este *Escrito*. Pues bien, decía que con esta nueva teorización Lacan pretende poner a salvo el descubrimiento freudiano del inconsciente, yendo, en ello, más allá de la metafísica.

Para ir acabando señalaré que Lacan dice:

«Para nosotros, el hecho de la diferenciación primaria deja en suspenso su uso propiamente significativa, del

que depende el advenimiento del sujeto. Para definirla en sí misma, diríamos que es una relación de objeto en lo real [...] para situar nuestra experiencia entre simbólico, imaginario y real.»

Sigue:

«Es preciso que a la necesidad que sostiene esta diferenciación primaria se añada la demanda, para que el sujeto (antes de toda «estructura cognoscitiva») haga su entrada en lo real, a la vez que la necesidad se hace pulsión, por cuanto su realidad se oblitera al hacerse símbolo de una satisfacción de amor.»

Si «el drama del sujeto en el verbo es que en él pone a prueba su falta-en-ser», pero es porque «remedia ese momento de falta por lo que una imagen viene a la posición de soportar todo el precio del deseo», será por lo que Lacan finaliza la primera parte de este *Escrito* hablando del *fading* del sujeto. Desvanecimiento que nos remite a la constitución del sujeto vedado, traducción que los autores Ignacio Gárate y José Miguel Marinas dan en castellano del término «sujeto barrado» del francés.

Si el advenimiento del sujeto del deseo inconsciente queda vedado por la barra del significante, se trataría de un sujeto vedado, inaccesible, como el Otro, a lo que la lengua simboliza por medio de la palabra, vedado pues al campo del significante.

Ese sujeto vedado que es la marca del momento de *fading* del sujeto, en donde el sujeto no encuentra nada en el Otro que le garantice, a él, de manera cierta y segura, que le autentifique, que le permita situarse y nombrarse a nivel del discurso del Otro, es decir, como sujeto de lo inconsciente. Para responder a ese momento, el elemento imaginario «a» surge como suplente del significante que falta, así llamado en su forma más general porque es un término correlativo de la estructura de la fantasía, el soporte de S (sin barrar) como tal, cuando intenta indicarse a sí mismo como sujeto del discurso inconsciente.

Este sujeto vedado que Freud descubrió en lo inconsciente, este sujeto del deseo es un efecto de la inmersión del retoño humano en la estructura del lenguaje. Por eso se distinguen estos dos términos, que titulan el primer capítulo del *Escrito* y este trabajo, en Lacan, tanto del individuo biológico como del sujeto del conocimiento. También se distingue del yo freudiano (como nivel diferenciado del superyó y del ello) y del yo gramatical.

Sujeto que es efecto de la estructura del lenguaje, no constituyendo, sin embargo, uno de sus elementos. Por eso dirá Lacan que *ex-iste* (se mantiene fuera de), a costa de una pérdida, de la castración.

El sujeto vedado tiene en la cultura en castellano una expresión que permitiría evocarlo. Sería la de «duende». Ante el vacío que encuentra el sujeto en su llamado al Otro se produce ese algo, sacado de otra parte, traído del registro de lo imaginario de lo cual daría cuenta el poeta Federico García Lorca el 20 de Octubre de 1933 en la conferencia que leyó en la Sociedad de Amigos del Arte de Buenos Aires bajo el título: *Juego y teoría del duende*.

Empieza parafraseando a Goethe que hace la definición del duende al hablar de Paganini, diciendo: «Poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica». Así pues, añade el poeta, «el duende es un poder y no un obrar, es un luchar y no un pensar». Le oyó decir a un viejo maestro guitarrista: «El duende no está en la garganta; el duende sube por dentro desde la planta de los pies», y aclara, «no es cuestión de facultad, sino de verdadero estilo vivo; es decir, de sangre; es decir, de viejísima cultura, de creación en acto». Explica que el ángel y la musa vienen de fuera, «en cambio el duende hay que despertarlo en las últimas habitaciones de la sangre». «Para buscar el duende no hay mapa ni ejercicio. Sólo se sabe [...] que agota, que rechaza toda la dulce geometría aprendida, que rompe los estilos, que se apoya en el dolor humano que no tiene consuelo», es de donde nos llega lo que es fundamental en el arte.

«Una vez, la *cantaora* andaluza Pastora Pavón, *La Niña de los Peines*, [...] cantaba en una tabernilla de Cádiz. Jugaba con su voz de sombra [...]. Pero nada; era inútil. Los oyentes permanecían callados». Sólo un hombre pequeñito dijo algo con voz muy baja y ella creyó escuchar: «Aquí no nos importan las facultades, ni la técnica, ni la maestría. Nos importa otra cosa». Entonces, *La Niña de los Peines* se levantó como una loca y se puso a cantar «sin voz, sin aliento, sin matices, con la garganta abrasada, pero... con duende».

La Niña de los Peines tuvo que desgarrar su voz porque sabía que la estaba oyendo gente exquisita que no pedía formas sino tuétano de formas, música pura con el cuerpo sucinto para poderse mantener en el aire. Se tuvo que empobrecer de facultades y de seguridades; es decir, tuvo que alejar a su musa y quedarse desamparada, que su duende viniera y se dignara luchar a brazo partido. ¡Y cómo cantó! Su voz ya no jugaba, su voz era un chorro de sangre digna por su dolor y su sinceridad, y se abría como

una mano de diez dedos por los pies clavados, pero llenos de borrasca, de un Cristo de Juan de Juni.

La llegada del duende presupone siempre un cambio radical en todas las formas. Sobre planos viejos, da sensaciones de frescura totalmente inéditas, con una calidad de cosa recién creada, de milagro, que llega a producir un entusiasmo casi religioso.

Si el psicoanálisis conlleva un aspecto artístico en sí, me permito acabar con estas palabras del poeta: «Todas las artes son capaces de duende, pero donde encuentra más campo, como es natural, es en la música, en la danza y en la poesía hablada, ya que estas necesitan un cuerpo vivo que interprete, porque son formas que nacen y mueren de modo perpetuo y alcanzan sus contornos sobre un presente exacto».

Maite Fernández

Barcelona

Tel. 93 323 50 98

E-mail: maiferso@copc.es

Bibliografía

DE FRUTOS SALVADOR, A. (1994): *Los Escritos de Jacques Lacan. Variantes textuales*. Madrid: Veintiuno de España Editores, 1994.

GÁRATE, I. Y MARINAS, J.M. (1996): *Lacan en castellano. Tránsito razonado por algunas voces*. Madrid: Quipú Ediciones, 1996.

GARCÍA LORCA, F. (1954): *Juego y teoría del duende*. Obras completas. Tomo III. México: Aguilar, 1994.

GIUSSANI, D. (1991): *Lacan-Freud. Una teoría del sujeto más allá de la metafísica*. Buenos Aires: Catálogos Editora, 1991.

LACAN, J. (1932): *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1976.

LACAN, J. (1936): Suplemento de Escritos: *Más allá del «Principio de realidad»*. Barcelona: Argot, Compañía del Libro, S.A., 1984.

LACAN, J. (1946): Suplemento de Escritos: *Acerca de la causalidad psíquica*. Barcelona: Argot, Compañía del Libro, S.A., 1984

LACAN, J. (1966): *Escritos 2*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1983.

— (1958-1960) *Observación sobre el informe de Daniel Lagache: «Psicoanálisis y estructura de la personalidad»*.

LACAN, J. (1975): *Seminario Libro I: «Los escritos técnicos de Freud» (1953-1954)*. Barcelona-Buenos Aires: Ediciones Paidós, 1983.

LACAN, J. (1999): *Seminario Libro V: «Las formaciones de lo Inconsciente» (1957-1958)*. Barcelona-Buenos Aires: Ediciones Paidós, 1999.

LACAN, J. (1988): *Seminario Libro VII: «La ética del psicoanálisis» (1959-1960)*. Barcelona-Buenos Aires: Ediciones Paidós, 1988.

LAGACHE, D. (1958): «La psychanalyse et la structure de la personnalité» en *La Psychanalyse*, nº 6, p. 5-54. París: Ed. P.U.F., 1961.

MARINI, M. (1986): *Lacan: Itinerario de su obra*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1989.